



Hábitos crepusculares

Ricardo Zirahuén Ortega Varela

El Tocuz, área voluntaria de conservación
Contacto: zirahuenortega@gmail.com

Son las 6:30 am: El viejo lobo de mar sale a pescar a ese océano verde lleno de lianas que es el selvático acahual. Las redes que visita le ofrecen una cosecha de aves que, valga la falsa contradicción, fueron capturadas para salvarlas. Sus jóvenes y experimentados colegas, otra falsa contradicción, les manipulan con gentileza mientras les extraen una cantidad impensable de datos, entusiasmados con las novedades que observan.

El Ruco -así le dice la banda, con respeto, a sus espaldas- se mira en ese espejo y sonríe para sí mismo. El también, al terminar la escuela, se fue a chambear al campo, a vivir en la palapa y a ganar poquito. A cambio se volvió un experto, enamoró a la mujer de su vida y adquirió algunos de sus mejores amigos. Van bien, muchachos. Dice.

Bajo el húmedo calor de las once del día, la Banda se retira a la palapa donde, gracias a unas prácticas hamacas, es posible descansar un poco mientras se discuten las impresiones de la jornada y el programa de mañana. Un turista perdido pregunta cómo salir del pueblo, mientras se le dan las instrucciones, no deja de intercambiar socarronas y ostensibles sonrisas con sus acompañantes. ¿Qué traerá este chango? Dijo quien se paró a informar al despistado, ya cuando el auto se alejaba.

Es la Maldición de los Pueblos de Pescadores, como mi abuelo decía, soltó El Ruco, comprobando la demoledora eficacia de su segunda frase, que siempre hacía que todos le pusieran atención. Y les dijo: Como ustedes saben, peces y aves tienen en común sus horas de mayor actividad, "hábitos crepusculares" dicen

llenos de poesía los libros de Biología. Así que si eres pescador u ornitólogo, te conviene poner tus redes muy tempranito (como hoy hicimos) o ya pardeando (como al rato haremos) y tomar tu descanso al mediodía. Pasa la gente sin saber todo esto, por los pueblos de pescadores en donde a la una de la tarde se mecen todos, afuera de la casa, en su hamaca y ¡claro!, de huevones no los bajan. Eso, más o menos, fue lo que pasó con estos tipos, venían contando chistes de pueblos de pescadores huevones...

...Por un momento, todos callaron. El viejo lobo de mar se arrellanó en su hamaca y remató su rollo diciendo: Pero no pasa nada muchachos, mi abuelo también decía que hacer caso de pendejos es engrandecerlos, así que a descansar, porque nos faltan las redes de la tarde...